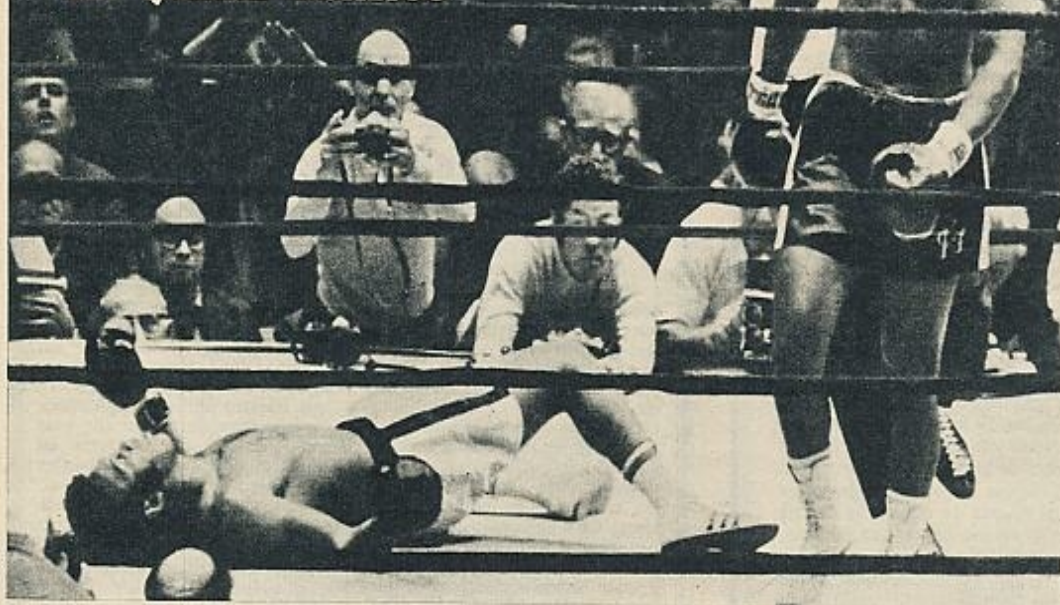


**LYNDON JOHNSON VENCIO
A CASSIUS CLAY POR PUNTOS
EN QUINCE ASALTOS**



LA CAIDA DEL CLAY POWER

CUANDO Joe Frazier derribaba a Mohammed Ali en el decimoquinto asalto del combate valedero para el título mundial de los grandes pesos, la magia de la cámara filmadora debiera de haber captado al verdadero vencedor del combate: el ex Presidente Lyndon B. Johnson. Clay no ha sido vencido por Frazier, sino por una carrera deportiva irregular condicionada por el hecho de ser un campeón vencido por la ley conchabada con la política. Hasta su apartamiento obligado de los rings americanos, Clay era invencible. No sólo se deducía de los resultados de sus combates, sino de la forma como los conseguía. Sin la potencia de Rocky Marciano ni el oficio de Joe Louis, Clay boxeaba con un clasicismo olímpico basado en la flexibilidad de sus piernas, en el juego de cintura y en sus largos brazos. Sus combates eran danzas en torno a rivales desconcertados y progresivamente desmoralizados que nunca llegaban a su objetivo y de cada intento salían con un castigo lento, seguro, demolidor.

Clay había conseguido un público nuevo para el boxeo. De sus acciones no se desprendía ninguna aparente brutalidad. El boxeo parecía volver a los tiempos originarios, cuando era el deporte de Gentleman Jim, antes de que Jack Dempsey pronunciara la frase que marca el origen del boxeo realmente aniquilador: «Yo no soy de aquellos que cuando han tocado seriamente a su adversario en el estómago y le ven en peligro vacilan en pegar por miedo a hacerle daño. Creo que si es preciso vencer a cualquier precio, siempre lealmente, es preciso pegar, pegar sin cesar hasta que el adversario caiga. Y para convencerme a mí mismo, a lo largo de un combate me repito con obsesión: Si no le derribas, él te derriba a ti. Uno de los dos ha de caer y será él».

Clay parecía siempre boxear sin la ferocidad de ángel exterminador. Y, sin embargo, su juego tenía mucho de falsa piedad felina, porque a cualquier descuido de la víctima, sus puños caían desde el Olimpo con una consistencia dempsyana. Las maneras

de Clay eran «estéticas», de ahí su aceptación por los intelectuales. Por otra parte, representaba uno de los sectores ideológicos más conflictivos en la irremediable agudización de las contradicciones internas de los USA. Su seguridad no era puramente verbal. Se desprendía desde el más mínimo de los movimientos adoptados en el ring. Nunca había necesitado dirigirse al público como los niños encorajinados que al recibir un golpe quitan autoridad al rival: «No me has hecho daño». Cuando Clay se volvió al público del Madison Square Garden para decirle que el golpe que acababa de recibir de Frazier no le había hecho daño, fue evidente que algo empezaba a ir mal. Pronto, el propio Clay, sus movimientos, hablaron elocuentemente, mucho más de lo que lo suele hacer Mohammed Ali. Había plomo de tiempo sobre aquellas piernas, sobre ellas caía el peso de todo el papeleo político-legal, que iniciado en el mediocre reinado de Johnson ha conducido al hundimiento de un deportista en el reinado del «halcón» Nixon.

Golpes contra un símbolo

Mohammed Ali se había constituido en un peligroso símbolo: el triunfador enfrentado al sistema. No se paró en un verbalismo más o menos agresivo tolerado por la democracia formal. Se enfrentó a las propias reglas del juego, a las mismas leyes. Su testimonio era sumamente incómodo porque estaba avalado por la fuerza de sus triunfos y la fuerza lingüística que se desprendía de su musculatura de joven sano, fuerte, idealista, consecuente con sus presupuestos. Los puñetazos ideológicos de Mohammed Ali, por mucho que los hayan tergiversado las agencias de información, hacían tanto daño como los que repartía en el ring. La sociedad capitalista se caracteriza por utilizar símbolos y mitos alienantes que pueden ser doblemente peligrosos cuando se revuelven contra el sistema. Era el caso de Mohammed Ali.

Cada vez que el campeón ganaba, ganaba no sólo un deportista, sino el símbolo de la reivindicación negra, que inmediatamente se convertía en mito. Era la inversa de John Wayne venciendo en las causas reaccionarias que suele interpretar en la pantalla. Pero las victorias de Clay eran reales, conseguidas sobre los rings y con una seguridad insultante para los administradores de la realidad política USA.

La mafia del boxeo americano no tiene un programa político definido. Pero sabe muy bien cuando debe «politizarse» para que el sistema siga haciendo la vista gorda ante sus manejos. Debieron ser muy fuertes las presiones políticas para que la mafia boxística se prestara a la inmundicia deportiva de no dejar boxear a Clay, cuando ni siquiera estaba fallado totalmente su caso en el plano legal. Y si en 1970 y en 1971 ha levantado la prohibición, se ha debido no a que Mohammed Ali se haya vuelto atrás, sino a que el boxeo languidecía en los puños de los Frazier, los Ellis, los Bonavena y demás boxeadores de segunda que no han conseguido hacer olvidar a Clay.

Clay o Mohammed Ali, o como le diera la gana de llamarse, era vitalmente necesario para salvar la industria boxística y la mafia se lanzó a la arriesgada operación de «olvidarse» de las recomendaciones políticas que había recibido en tiempos de Johnson. La resurrección de Clay ante el medianísimo Ellis no aclaró su verdadera forma física. El siguiente combate ante un Bonavena que lo encajaba todo, evidenció que los años no habían pasado en balde. Finalmente, el derrumbamiento de Clay ante Frazier ha demostrado que a Clay le espera

un duro período de readaptación si quiere recuperar un lugar que sigue esperándole. Porque Frazier, y eso es evidente, no es otra cosa que un duro fajador incapaz de crear boxeo ni de llegar a la cintura del Clay de hace tres años.

Autosuficiencia o tongo

Después de haber contemplado el combate las únicas explicaciones lógicas ante el desenlace son: o la fatal autosuficiencia de Clay, que le hizo plantear catastróficamente el combate o el tongo. Desde el primer asalto se vio cuál iba a ser la táctica de Frazier. Atacar con la cabeza por delante en busca de la distancia corta y de imponer su peso constantemente sobre los brazos de Clay para trabarlo, cansarlo e impedirle el boxeo suelto basado en el juego de piernas. Frazier salía del rincón y en tres zancadas imponía la distancia que quería; así, una y otra vez.

Clay conoce el boxeo, sus consejos también. Sabían que la única solución para evitar el juego de Frazier era adelantarse a su planteamiento táctico y buscar el centro del ring. Pero entonces empezó a funcionar la autosuficiencia. Clay intentó demostrar a los espectadores del mundo entero que incluso en el terreno buscado por Frazier podía ganarle. De ahí que aceptara el quedar arrinconado en las cuerdas e hiciera algunas exhibiciones acarianes sobre las cejas y la cara de Frazier. Pero mientras tanto, el campeón iba pegando. Sus golpes en el pecho, el estómago y el hígado agotaban a Clay y cuando se dio cuenta de que el combate se le iba a los puntos e intentó reaccionar, ya no tenía fuelle, porque ya no era aquel muchacho fabuloso de hace tres o cuatro años.

Sus desesperados intentos a partir del asalto noveno así lo in-

dicen. Fue un asalto que le concedieron los tres jueces sin discrepancias. Pero era una reacción tardía. Frazier, evidentemente cansado, seguía en su obsesión táctica y Clay ya no tenía fuerzas para aprovechar su cansancio, aunque a fines del decimoquinto asalto estaba más agotado, por la constancia de su lucha, Frazier que el propio Clay.

De no creer esta mera explicación técnico-psicológica, sólo es posible recurrir a la explicación del tongo, la que sostuvo con sorprendentes lucidez y coherencia sociológicas Bobby Deglané ante las cámaras de Televisión Española la noche siguiente a la del combate. Deglané dijo que los ingresos de Clay-Frazier subirían a los 2.500 millones de pesetas y que un desquite estimulado por la victoria de Frazier significaría superar los 3.000 millones en el combate de vuelta. De haber ganado Mohammed Ali, la devaluación del ya poco valorado Frazier hubiera hecho imposible llegar a esta cantidad.

Deporte y política

Cuando Clay empezó a jugar el papel simbólico de Mohammed Ali, la causa negra aún tenía la opción Martin Luther King. Hoy, tras la cotidiana cacería de Panteras Negras, es evidente que la vía pacifista ha sido abandonada por la Policía y por los radicales negros. Mohammed Ali ha cumplido ya su papel concienciador, incluso puede decirse que está ampliamente desbordado por los planteamientos de los Panteras Negras.

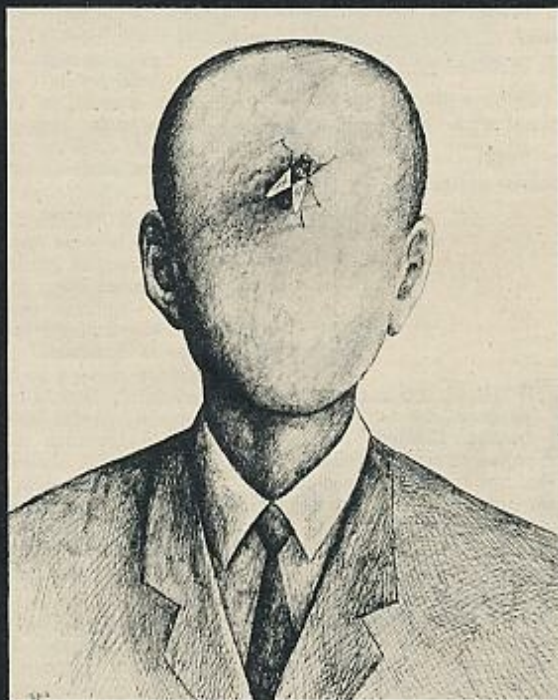
La victoria política que entre Johnson y Nixon han conseguido sobre Mohammed Ali, valiéndose de los puños de Frazier como «médium», ha tenido como único resultado lamentable dos muertos: el colombiano que murió en una reyerta en defensa del símbolo derribado por Frazier y el muchacho chileno que se suicidó porque no podía seguir viviendo en un mundo del que Cassius Clay ya no era campeón de los grandes pesos. La causa negra sigue adelante a pesar del derrumbamiento de Clay.

Sin embargo, sería de desear que, más relajado en su papel simbólico-político, Cassius Clay o Mohammed Ali se dedique a recuperar en el gimnasio y el «footing» campestre la forma que puede conducirle a convertirse nuevamente en el máximo molestón de los arios puros norteamericanos. Clay en forma, a los veintinueve años de edad, aún puede devolverles el puñetazo moral a los que le han derribado con la zancadilla política. Y en el ring aún sería invencible, hasta que le pusieran por delante algo más que el tesonero Frazier. ■ LUIS DAVILA.



LA SEMANA PROXIMA

EL TERROR



UN NUEVO EXTRA DE triunfo